

## COLEGAS CLÉRIGOS DEL JOVEN DARWIN

Roberto Di Stefano<sup>1</sup>

### Resumen:

En el último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX, en el Río de la Plata los estudios de botánica e historia natural fueron desarrollados principalmente por clérigos. Una generación de sacerdotes formada en las últimas décadas de la era borbónica asumió la tarea de investigar la naturaleza como parte de su ministerio pastoral. Aquí se explican las condiciones históricas que favorecieron esa orientación y las que le pusieron fin a mediados del siglo XIX. A través del estudio de una amplia variedad de fuentes –ordenanzas regias, correspondencia privada, inventarios de bibliotecas, prensa periódica-, se ofrece al lector una visión del tipo de motivaciones y concepciones que guiaban el trabajo científico de los colegas clérigos de Darwin.

**Palabras clave:** Clero, Historia natural, Río de la Plata, Ilustración, Siglo XIX.

### Abstract:

In the last third of the Eighteenth century and the first one of the Nineteenth, the studies of Botany and Natural History in the Rio de la Plata region were developed mainly by clergymen. A generation of priests, educated in the last decades of the Bourbon era, undertook the task of investigating nature as part of their pastoral ministry. This article explains the historical conditions which nourished such orientation and those which ended it in the mid-Nineteenth century. By studying a wide variety of sources -royal orders, correspondence, inventories of libraries, periodical press-, we have been able to give the reader an insight into the kinds of motivations and conceptions that guided the scientific work of Darwin's fellow colleagues among the clergy.

**Key words:** Clergy, Natural History, Rio de la Plata, Enlightenment, Nineteenth Century.

La presencia de clérigos entre los más o menos improvisados estudiosos de lo que hoy llamamos ciencias naturales fue bastante habitual en el Río de la Plata en el último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX. Los historiadores de la segunda mitad del Ochocientos, iniciando una huella que seguiría siendo transitada a lo largo de la siguiente, vieron en ellos casos excepcionales: eclesiásticos sabios que poco tenían que hablar sobre los temas que los apasionaban con el resto de sus hermanos en el sacerdocio. En torno al primer Centenario de la revolución de 1810 comenzó a forjarse otra mirada, de cuño católico, que veía en ellos una prueba entre otras de que la Iglesia, y más en general el mundo hispano de antiguo régimen –que reconocía en la religión la piedra angular de su complicado edificio–, habían estado a la altura de los conocimientos científicos que se estaban desarrollando en las que en el siglo XIX se denominaron “naciones cultas del planeta”. Esas dos miradas reflejan dos momentos distintos no sólo de la naciente historiografía argentina, sino de la historia política y cultural del país: una lleva la marca científicista del último tercio del ochocientos, con su contraposición entre ciencia y

---

<sup>1</sup> Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina (CONICET), Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: distefanoster@gmail.com.

religión y sus embestidas secularizadoras; la segunda es reflejo de un precario y ambiguo “renacimiento católico” que comenzó a esbozarse entonces, en concomitancia con el debilitamiento de esas firmes convicciones decimonónicas, y que la crisis ideológica e institucional del período de entreguerras iba a conducir a su clímax.<sup>2</sup>

Más allá de los avatares históricos que las condicionaron, ambas lecturas llevan su parte de razón. Como intentaré mostrar en este artículo, aunque la dedicación que esos sacerdotes invirtieron en el estudio de las “ciencias” era realmente excepcional, no lo era, en cambio, el atractivo que ellas despertaban en el clero. Ese interés, en efecto, se relacionaba con un particular modelo de formación e identidad sacerdotal que cosechó adhesiones y críticas –pero más adhesiones que críticas– en los decenios precedentes a la llegada de Darwin a estas latitudes. Ese fenómeno no pasó desapercibido a Tulio Halperín Donghi, quien a fines de los años ‘60, refiriéndose al clero secular iberoamericano del siglo XVIII, señaló su colaboración,

*“en algunos casos con entusiasmo, en otros casos con sólo el celo que corresponde a súbditos fieles, con la obra reformadora de la corona: una forma de ilustración cristiana, que encuentra su modelo en el párroco de aldea, que es a la vez pastor de almas y vocero de las nuevas ciencias y técnicas, se traduce, por ejemplo, en esas láminas diseminadas desde Guatemala a Buenos Aires, que muestran a un sacerdote llevando solemnemente en sus manos ese nuevo instrumento de salvación terrena, que es la lanceta de la vacuna ”.*<sup>3</sup>

Pero la vigencia de ese modelo fue fugaz; la simpatía clerical hacia las ciencias y los casos excepcionales de sacerdotes que se dedicaron a ellas con afán y sistematicidad suficientes como para ser tenidos en cuenta en los gabinetes y museos europeos fueron desapareciendo a lo largo del siglo XIX. En las páginas que siguen trataré de explicar por qué esos clérigos, que en las alforjas de sus caballos reservaron un lugar para Linneo junto al breviario y al ritual, florecieron para luego desaparecer del escenario rioplatense.

### “Ilustración católica” y secularización

No es ninguna novedad que el interés por las ciencias de la naturaleza, bastante generalizado en las elites culturales del mundo euroatlántico desde las décadas centrales del siglo XVIII, se apoderó también de las de los reinos de España. Ese interés ganó terreno también en la misma administración regia, convencida de que un modo de recuperar en parte el espacio perdido frente a las grandes potencias europeas era el fomento de las “ciencias”, en particular las denominadas “útiles”. A pesar de que este adjetivo se aplicaba a aquellas disciplinas capaces de tener una incidencia más o menos directa en la economía, como la agricultura o la mineralogía, también otras ciencias que

---

<sup>2</sup> Sobre el auge y crisis del positivismo en Argentina puede verse C. Barbé y M. Olivieri, “Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo”, en F. Barbano, C. Barbé, M. Berra, M. Olivieri, E. Koch-Weser Ammassari, **Sociología, storia, positivismo. México, Brasile, Argentina e l'Italia**, Milano, Franco Angeli, 1992. Sobre el surgimiento de una historiografía confesional vinculada al “renacimiento católico”, cfr. R. Di Stefano, “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, **Prohistoria**, N° 6, 2003, pp. 173-201.

<sup>3</sup> T. Halperín Donghi, **Historia contemporánea de América Latina**, Buenos Aires/Madrid, Alianza, 1999 [1ª ed. de 1967], p. 65.

no la tenían, como la “historia natural” o la incipiente arqueología, lograron apasionar a coleccionistas y estudiosos y merecieron la protección regia. Testimonio de ello es el que Alexander von Humboldt haya observado y anotado, durante su visita a las colonias hispanas en América, que “desde fines del reinado de Carlos III y durante el de Carlos IV el estudio de las ciencias naturales ha hecho grande progresos no sólo en México, sino en todas las colonias españolas. Ningún gobierno europeo ha sacrificado sumas tan considerables como las que ha gastado España para adelantar el conocimiento de los vegetales”.<sup>4</sup>

El hecho de que ese interés haya atraído tanto a clérigos como a laicos a caballo de los siglos XVIII y XIX merece una observación: en una sociedad como la hispana de aquellos decenios, en esa cristiandad bastante poco trabajada aún por el proceso de secularización, no existía una neta diferenciación entre cultura eclesiástica y cultura laica. Así lo testimonian las “librerías” de laicos y clérigos, en las que encontramos prácticamente los mismos volúmenes, si dejamos de lado los necesarios para el específico desempeño “profesional” de sus propietarios. Lo revela también el hecho de que las reflexiones teológicas apasionaran a laicos rioplatenses como Francisco Bruno de Rivarola, Ambrosio Funes, Tomás Manuel de Anchorena o Felipe Arana, reconocidos todos como autoridades en materia religiosa. Clérigos como los que conoceremos en breve y laicos como Martín José de Altolaguirre, Hipólito Vieytes, Gabriel Antonio de Hevia y Pando, Felipe Haedo, Tomás O’Gorman o Vicente López y Planes eran parejamente aficionados a la botánica y a la agricultura experimental. Por eso Bompland dirá al clérigo Dámaso Antonio Larrañaga que la historia natural era en su tiempo “aussi aimable et si généralement cultivée par toutes les classes de la société”.<sup>5</sup>

Como esas inclinaciones han sido consideradas manifestaciones de la llamada “Ilustración católica”, conviene decir dos palabras sobre ella. Ante todo que no se trata de una construcción doctrinal, sino más bien, como decía Bernard Plongeron, de “un «moment» de la conscience religieuse en Europe”.<sup>6</sup> Esa característica puede adjudicarse, por otra parte, a la Ilustración en general, que en un célebre escrito de Immanuel Kant aparece definida más bien como una actitud ante el mundo:

*“La ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten valor de servirse de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la ilustración.”*

<sup>4</sup> G. Furlong, **Historia social y cultural del Río de la Plata**, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1969, T. 2: “El trasplante cultural: ciencia”, p. 419.

<sup>5</sup> Bompland a Larrañaga, Buenos Aires, 13 de febrero de 1818, en **Escritos de Don Dámaso Antonio Larrañaga. Los publica el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay**, Tomo III, Montevideo, Imprenta Nacional, 1924, p. 257.

<sup>6</sup> B. Plongeron, “Recherches sur l’«Aufklärung» catholique en Europe occidentale (1770-1830)”, **Revue d’histoire moderne et contemporaine**, XVI, 1969, pp. 555-605.

De allí que las ambigüedades que se han endilgado a la “Ilustración católica” no sean de su exclusivo patrimonio. José Carlos Chiaramonte, autor de una obra de referencia para el caso rioplatense aparecida en 1989, descubrió en los años sucesivos que el concepto de Ilustración que manejaban muchos historiadores –entre los que muy honestamente se confesó incluido en el momento de escribirla– estaba excesivamente anclado a una definición de la misma como una “etapa” provista de rasgos propios dentro de un esquema de periodización, lo que conducía a una lectura esquemática y monolítica del fenómeno. La “Ilustración católica” se podía definir mejor, en palabras que usa el mismo Chiaramonte en el prólogo a la segunda edición, como “un conjunto de tendencias reformistas que, según la particular versión del iusnaturalismo en juego, podían abreviar en fuentes tan dispares como la tradición conciliar del catolicismo, el episcopalismo católico, el jansenismo, además de algunas de las corrientes ilustradas europeas”.<sup>7</sup>

Esa puntualización nos libera de una discusión cuyas directrices acusan fuertes connotaciones teleológicas –la Ilustración como “antecedente” de desarrollos intelectuales e ideológicos posteriores– para observar e interpretar la especificidad histórica de un “momento de la conciencia cristiana” –no sólo católica– y sus vínculos con otros procesos culturales y políticos más generales.

El desarrollo de las ciencias fue alentado por varias monarquías católicas, que apelaron a ciertas “ideas fuerza” de la Ilustración para reducir la distancia que las separaba de las potencias hegemónicas, sin por ello manifestar la menor intención de renunciar a su identidad religiosa. Entre ellas la española, donde los Borbones advirtieron que uno de los canales más eficaces para implementar las reformas tendientes a tal objetivo era el clero, en particular el que desarrollaba el ministerio pastoral de base parroquial. Es decir, básicamente el clero secular, que gozaba de las preferencias de la monarquía, a diferencia de los regulares. Así, un intento de reformulación de la formación del clero secular se puso en marcha en el último tercio del siglo XVIII como parte del conjunto de medidas que, tras la expulsión de los jesuitas, buscó reformar las instituciones eclesiásticas y subordinarlas a la política reformista impulsada por la monarquía. Desde el momento en que esas reformas procuraban un nuevo lugar para la religión y para el clero, adecuándolos a un contexto signado por las importantes transformaciones que se encuentran en el origen de la “modernidad madura”, puede calificárselas como secularizadoras. Esa secularización dieciochesca no constituye un “ataque” a la Iglesia y mucho menos a la religión, ni tampoco –lo que es menos obvio– una actitud prescindente hacia ellas, sino una reformulación de sus funciones y modalidades que permitiera adecuarlas al proyecto de reforma.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> José Carlos Chiaramonte, “Prólogo a esta segunda edición”, en **La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el virreinato**, Buenos Aires, Sudamericana, 2007 [1ª ed. Puntosur, 1989].

<sup>8</sup> Entiendo por secularización la adaptación de la religión a contextos de “modernidad” en el sentido que le confieren sociólogos como Danièle Hervieu-Léger, por ejemplo en su **El peregrino y el convertido. La religión en movimiento**, México, Ediciones del Helénico, 2004, p. 37. De la misma autora puede verse **Catholicisme, la fin d’un monde**, Paris, Bayard, 2003.

## Distintas maneras de ser clérigo: del modelo tridentino al ilustrado

Esa tarea implicaba modificar el modelo de sacerdote que la reforma católica tridentina había intentado imponer al clero católico. Para la monarquía el clero, lejos de ser concebido como un estamento que la modernización poco a poco privaría de sentido, debía más bien encontrar uno diferente al que había propuesto la tradición tridentina y contrarreformista. Para entender el cambio de perspectiva es necesario advertir las diferencias del nuevo modelo en relación al precedente. Éste había trasladado el eje de la vida del sacerdote hacia el terreno litúrgico, pensando al sacerdote –en parte como respuesta a la concepción protestante del pastor, que implicaba la negación del carácter sacrificial de la Eucaristía– como hombre de lo sagrado abocado a la celebración del misterio eucarístico: el *homo sacerdos*, cuya función primordial se desenvolvía de espaldas a sus feligresías y de cara al altar.<sup>9</sup> Pero además el párroco –a imagen del obispo, en quien el sacerdocio alcanzaba su máxima completitud y perfección– había sido definido por el Concilio como cura de almas, como pastor de ovejas. Ello permitió al reformismo borbónico, en sintonía con otras monarquías ilustradas de la época, desplazar el acento hacia sus funciones como tal, proponiendo –para decirlo gráficamente– que el celebrante girase sobre sus talones para dar la cara a sus feligresías y para predicarles sobre todo una moral evangélica que en el siglo XVIII se relacionaba estrechamente con la fidelidad al soberano. Complementariamente, el sacerdote fue viéndose desposeído de muchas de sus facultades tradicionales –por ejemplo de las judiciales– allí donde ellas se superponían con lo que la monarquía estaba redefiniendo como ámbito de acción propio de la jurisdicción secular.<sup>10</sup>

Ese nuevo rol implicaba un giro en la formación eclesiástica que incluyó cambios en el estudio de la filosofía –materia que comprendía entonces el del mundo natural–, sobre la base de una crítica de la escolástica que reivindicaba la observación como método

<sup>9</sup> Como explica con su claridad característica M. Guasco en su **Storia del clero in Italia dall'Ottocento a oggi**, Roma-Bari, Laterza, 1997, p. 24: “Il presbitero, il responsabile della comunità, si era lentamente trasformato nell'uomo del sacro, nel *sacerdos*, che confinava nell'ombra l'aspetto apostolico e missionario per mettere in primo piano quello liturgico: separato da tutto ciò che era considerato profano, il *sacerdos* era diventato l'uomo del culto, del rito”. Cfr. del mismo autor “La formazione del clero: i seminari”, in **Storia d'Italia, Annali 9**: “La Chiesa e il potere politico dal medioevo all'età contemporanea”, Torino, Einaudi, 1986, en cuya página 646 explica que “se dal Concilio doveva scaturire un'immagine del sacerdote, sarebbe stata quella di ‘uomo che presiede l'Eucarestia, l'uomo dell'Eucarestia’. O forse meglio, l'uomo del sacrificio eucaristico”. Sobre este punto véase también S. Dianich, “La teología del presbiterato al Concilio de Trento”, **La Scuola Cattolica**, N° 99, 1971, pp. 331-358; P. Telch, “La teología del presbiterato e la formazione dei preti al Concilio di Trento e nell'epoca post-tridentina”, **Studia Patavina**, N° 2 (1971), págs. 343-389. Utilísimo es el volumen colectivo M. Rosa (a cura di), **Clero e società nell'Italia moderna**, Roma-Bari, Laterza, 1995.

<sup>10</sup> William Taylor ha señalado la tendencia borbónica a espiritualizar la vida sacerdotal novohispana, limitando de tal modo “el lugar del sacerdocio y de la religión en la vida pública”, cfr. W. Taylor, **Ministros de lo sagrado: sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII**, Zamora, Colegio de Michoacán/Secretaría de Gobernación/Colegio de México, 1999 [1ª ed. 1996], p. 665. En el Río de la Plata, tal vez a causa de la marginalidad de la región, se advierte en cambio una reformulación de sus funciones, pero en términos claramente seculares.

para el estudio de los fenómenos naturales. No es el lugar aquí para detenernos en este punto, desarrollado en otros trabajos.<sup>11</sup>

Esos cambios en la formación eclesiástica fueron promovidos por sectores de la administración borbónica y del clero y resistidos por otros. Así, el rector del seminario porteño declaró la guerra en 1784 a los “autores modernos” que a su juicio “quieren usurparse la primacía en la enseñanza, por emplear toda su vida [en] experimentos, vicios, e inventar máquinas para adelantar nuevos descubrimientos [y] caen en los más horrorosos delirios, como es negar la existencia de un Dios, o su providencia sobre las criaturas”. El sacerdote, “maestro de verdad”, estaba llamado en su opinión al desempeño de tareas mucho más elevadas. La primera era la de “predicar, confesar y enseñar a los pueblos la ley de Dios y el camino de su salud eterna por la regla infalible de las Sagradas Escrituras”.<sup>12</sup> Ese discurso tenía claramente por objeto rechazar el modelo educativo propugnado por Juan Baltasar Maziel en el Colegio Carolino, crítico de la tradicional enseñanza escolástica y favorable a dar cabida a los “autores modernos” en un abordaje “ecléctico” de la disciplina. Para Maziel la enseñanza de la “física moderna” redundaría en “notable aprovechamiento” de los alumnos y constituiría la mejor herramienta para el estudio del dogma cristiano, “perfectamente explicado en cualquiera de los sistemas contrarios a Aristóteles”.<sup>13</sup>

Otro conflicto se dio en Córdoba a caballo del cambio de siglo al discutirse la conveniencia de instalar en la Universidad un gabinete de física experimental. La propuesta fue rechazada por parte de quienes observaban que el laboratorio nada tenía que hacer en un establecimiento dedicado primordialmente, según la voluntad de su fundador, a la formación del clero. Pero el rector de la Universidad salió al cruce de esas críticas recordando “...los extraordinarios adelantamientos que estos famosos y nuevos inventos han producido en las ciencias, aun en las abstractas, reglando el hombre hacia Dios por los mayores conocimientos de las maravillosas obras de lo creado...” y alegando la conveniencia de “...sustituir en lugar del silogismo la demostración de la verdad, que es el método mandado seguir tan justamente por el soberano, aboliendo la filosofía antigua, cuyo fruto de los que se educan con ella es llenarse la cabeza de términos nada significantes, acostumbrarse a contradecir todo, a no apurar nunca la verdad, y en una palabra a formarse unos hombres en la sociedad despreciable por mal criados...” Frente a las objeciones del cabildo civil capitaneado por Ambrosio Funes, que argumentaba que “la [física] experimental no es útil a la posesión de la ciencia teológica que se propuso el fundador”, el rector franciscano sostuvo que semejante aseveración equivalía a decir “que el conocimiento de Dios por las maravillas que admiramos de omnipotencia en la creación, examinando sus obras prácticamente, debe despreciarse por ser más útil conocerlo con la disputa de lo dudoso y aun falso en que jamás puede formarse un concepto que se aproxime a formar idea en cuanto no[s] es permitido de la grandeza de su hacedor”. El

---

<sup>11</sup> Invito al lector interesado a consultar mi “Magistri clericorum. Estudios eclesiásticos e identidades sacerdotales en Buenos Aires a fines de la época colonial”, *Anuario IEHS*, N° 12, 1997, pp. 177-195.

<sup>12</sup> Cfr. **Documentos para la Historia Argentina**, Tomo XVIII: “Cultura. La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)”, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 1924, pp. 486-513.

<sup>13</sup> Maziel al virrey, 24 de enero de 1785, *Documentos para la Historia ...*, op. cit., Tomo XVIII, pp. 71-75.

dictamen más interesante para nosotros fue el del Fiscal de su Majestad el Marqués de la Plata, que declaró su convicción de que

*“...esos mismos teólogos que se formasen en la Universidad de Córdoba para eclesiásticos, labradores de la viña del Señor, resultarían más cabales preparados con los conocimientos físicos. Serían más capaces de instruir a los pueblos menos cultos y más necesitados no sólo del pasto doctrinal y espiritual, sino de desarraigar las preocupaciones, supersticiones, errores y otros vicios directos contra la filosofía, contra la moral, contra la política y contra la religión. Si se pudiera facilitar [...] que todos los prepósitos de las parroquias fuesen buenos y completos filósofos y teólogos, uniéndoseles el amor y caridad que ejercitan para con sus parroquianos, se harían rápidos progresos en los pueblos, porque no hay duda que el medio más seguro de instruirlos generalmente es por los párrocos, y así [han sido] repetidos los encargos de su majestad á éstos por conductas de los reverendos prelados diocesanos a fin de que impongan a sus feligreses de todo lo que les puede ser útil al mejor servicio de Dios, del rey y de los mismos pueblos. La experiencia ha enseñado que los que han tenido al frente eclesiásticos aventajados en conocimientos naturales y económicos, y han ejercitado la caridad, no sólo han dispensado, con utilidad y provecho indecible, sino también han logrado ver establecimientos de importancia, debido a toda la instrucción popular, que hace mejores a los hombres buenos, aplicados al trabajo, emprendedores, investigadores, sociables, benefactores, amorosos, honestos, justos y religiosos”.*<sup>14</sup>

Por cierto, esos estudios no eran nuevos en la formación del clero. Son célebres los “sabios jesuitas” de los siglos XVII y XVIII que trabajaron en América e investigaron y escribieron sobre botánica, geografía, costumbres y lenguas indígenas. Basta recordar a Pedro Montenegro, a José Guevara, a Martín Dobrizhoffer, a Vicente Olcina, a Juan Ignacio Molina, a Tomás Falkner, a Florian Paucke, a José Jolís, a José Sánchez Labrador, a Gaspar Juárez y a muchos otros.<sup>15</sup> En otros rincones de la América española otros jesuitas se habían dedicado con parejo esmero a las ciencias: el P. Juan de Velasco, que trabajó en Quito y es recordado por sus estudios de zoología y botánica y como “primer historiador” de Ecuador, confesaba el haber dedicado “gran tiempo en más de un año, con mi habitación llena de mil especies de orugas observando y apuntando diariamente la naturaleza y propiedades diversas de la formación y propagación de esta especie de vivientes...”.<sup>16</sup> Pero median diferencias entre la mirada de estos “sabios” de la Compañía y la de los ilustrados del período sucesivo a su expulsión. Una que me parece esencial es que éstos creían que el trabajo de observación en el campo y el de clasificación y estudio en el gabinete se relacionaba directamente con la praxis pastoral, redefinida en los términos señalados más arriba.

<sup>14</sup> Estos alegatos en J. C. Chiaramonte, **Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)**, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 272-279.

<sup>15</sup> Sobre ellos se explaya largamente G. Furlong en su *Historia social y cultural...*, op. cit.

<sup>16</sup> J. S. Lara, **Apuntes para la historia de las ciencias en el Ecuador**, Quito, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1978, Tomo I, p. 99.

Como por otra parte ocurría en otras áreas del imperio y en otras monarquías católicas ilustradas de la época, como la austriaca.<sup>17</sup> En otras áreas del imperio español se verifica una tendencia similar. El *Plan o Método Provisional* para la reforma de los estudios de Nueva Granada de 1774 consideraba que

*“en la carrera más común de los Eclesiásticos de este Reino, que es la de curatos, serán infinitas las utilidades que resultarán de esta instrucción en beneficio propio y común de un País cuya Geografía, su historia natural, las observaciones meteorológicas, el ramo de agricultura y el conocimiento de sus preciosos minerales, están clamando por la instrucción, que sólo pueden lograr los Curas para dirigir a los demás hombres en sus Parroquias”*.<sup>18</sup>

Veamos algunos ejemplos de otras regiones americanas. El caso del médico José Celestino Mutis (1732-1808) es interesante, porque abraza el sacerdocio en 1772 siendo ya un médico reconocido, tal vez, en buena medida, para poder dedicarse a la investigación; una trayectoria inversa a la suya realizó el peruano Hipólito Unánue (1755-1833), que comenzó sus estudios con la intención de ordenarse sacerdote y terminó abocado a la medicina y a las ciencias de la naturaleza. Mutis llegó a Cartagena de Indias acompañando al Virrey de Nueva Granada en 1760 en calidad de médico y debió reprimir sus deseos de dedicarse a la historia natural a causa de las múltiples ocupaciones que le imponía su trabajo. Descubridor de la quina y del “té de Bogotá”, así como de las propiedades del guaco como antídoto contra el veneno de las víboras, cultor de la filosofía newtoniana y estudioso de las matemáticas y la astronomía, corresponsal de Linneo y organizador y “primer botánico” en 1782 de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada –que contó con el apoyo entusiasta del arzobispo y virrey de Nueva Granada Antonio Caballero y Góngora–, apasionado de los libros de ciencias y de los instrumentos de medición, Mutis mereció ser bautizado por Rafael Euclides Silva como el “Linneo de América”. El presbítero Francisco Martínez, respondiendo al pedido de informes de la corona sobre los trabajos de la Expedición, refirió el haber comprobado “que la obra será utilísima al público y hará mucho honor a la nación. Las láminas, no tengo duda en decir, que son las mejores que se pueden dar a luz en este género, y las plantas que ha copiado llegan a un número bastante crecido, pues según me aseguró él mismo [Mutis] ha descubierto hasta el presente cuatro mil diferencias”. El renombre de Mutis le mereció trabar amistad con Humboldt, que había llegado a Cumaná acompañado de Aimé Bonpland. Testimonio de esa relación es el hecho de que ambos le hayan dedicado la obra *Plantas Equinocciales*, que encabezaron con su retrato. Mutis organizó además la *Sociedad Patriótica de Nueva Granada para el fomento de la agricultura y cría de ganados, la industria, comercio y*

<sup>17</sup> La bibliografía es interminable, por lo que me limito a citar sólo algunos ejemplos significativos: G. Le Bras, *L'Église et le village*, Paris, Flammarion, 1976; T. Tackett, *Priest and Parish in Eighteenth-Century France. A Social and Political Study of the Curés in a Diocese of Dauphiné, 1750-1791*, Princeton, Princeton University Press, 1977; M. Launay, *Le bon prêtre. Le clergé rural au XIXe siècle*, Paris, Aubier, 1986; M. Vernus, *Le presbytère et la chaumière. Curés et villageois dans l'ancienne France, XVIIe-XVIIIe siècles*, Rioz, Éditions Togirix, 1987; D. Julia, “Il prete” en M. Vovelle (Comp.), *L'uomo dell'Illuminismo*, Milano, Laterza, 1992, pp. 399-443.

<sup>18</sup> Citado por C. García Belsunce, “Los clérigos como agentes de la administración en el derecho indiano y patrio”, en *Una ventana al pasado*, Rosario, Instituto de Historia Política Argentina, 1994, p. 22.



*policía; las ciencias útiles y artes liberales* en 1802.<sup>19</sup> El recibimiento que el arzobispo de Bogotá dispensó a Humboldt y Bompland, a los que mandó a recibir con su propio carruaje y lacayos, da testimonio también de la popularidad que las ciencias habían logrado en un sector del clero en Nueva Granada.<sup>20</sup>

El novohispano José Antonio de Alzate (1737-1799) reunió una vasta biblioteca y colecciones de historia natural e instrumentos de astronomía y física. Su vasta erudición en filosofía, derecho, teología e historia convivía armónicamente con el estudio de las matemáticas, física, química e historia natural. Alzate editó el periódico de ciencias y artes *Gacetas de Literatura* entre 1788 y 1795, que poseía secciones dedicadas a las ciencias físicas y matemáticas y a la historia natural “con el objetivo fijo en la ilustración del pueblo”. Su celebridad le mereció el que en la Ciudad de México se fundara en 1884 una Academia Nacional de Ciencias que llevaba su nombre.<sup>21</sup> Otro caso es el del religioso Luis Nicolson o.p., que publicó en 1776 un *Essai sur l’Histoire Naturelle de St Domingue*. Allí “hay una relación política y comercial de la parte francesa de la isla, en la que residió sólo cuatro años, y un glosario de términos sobre historia natural”, con la descripción de unas cuatrocientas especies de plantas con sus usos y nombres vernáculos.<sup>22</sup> En Perú el obispo de Trujillo Baltasar Jaime Martínez Compañón mandó pintar acuarelas de plantas de la región que regaló a Carlos III.<sup>23</sup> Los sacerdotes naturalistas no faltaron tampoco, como se sabe, en Europa. Probablemente los modelos de todos ellos hayan sido Antonio José Cavanilles (1745-1804), sacerdote, botánico y naturalista, y el abbé Jean Antoine Nollet (1700?-1770), estudioso de la electricidad, cultor del método experimental y precursor de la educación técnica, miembro de diversas academias de ciencias. El canónigo Maziel poseía las *Lecciones de Física* de Nollet en dos tomos, probablemente parte de la edición madrileña de 1757.<sup>24</sup>

En América del norte y en el Reino Unido el interés por la historia natural de los clérigos pervivió, en algunos casos, hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando en los países de mayoría católica prácticamente se había extinguido. Son célebres los canadienses Léon Abel Provancher (1820-1892), autor de un *Traité élémentaire de Botanique* (Québec, 1858) y de la obra en varios tomos *Petite faune entomologique du Canada* (desde 1874), así como Victor-Alphonse Huard (1853-1929), entomólogo anti-evolucionista, fundadores ambos del periódico *Le Naturaliste Canadien* en 1868. El irlandés Coslett Herbert Waddell (1858-1919) fue botánico y contribuyó ampliamente al desarrollo de la disciplina. En Inglaterra muchos clérigos anglicanos se sintieron tentados de explorar el libro de la naturaleza, particularmente en el *Christ’s College* de Cambridge, institución dedicada a

<sup>19</sup> C. E. Chardon, **Los naturalistas en América Latina**, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1949, pp. 83-90; I. Podgorny y M. M. Lopes, **El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890**, México, Limusa, 2008, p. 35.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 113-144.

<sup>22</sup> *Ibidem*, Los naturalistas en América Latina, ..., op. cit., pp. 172-173.

<sup>23</sup> V. Peralta Ruiz, “Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800”, en S. O’Phelan Godoy (Coord.), **El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica**, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 190-195.

<sup>24</sup> J. A. Nollet, **Lecciones de Physica Experimental**, Madrid, 1757, 6 vols.

la formación del clero anglicano al que Darwin fue enviado por su padre con la idea de que obtuviera las órdenes sagradas. Entre ellos destaca William Samuel Symonds (1818-1887), que se dedicó a la historia natural y a la geología y fue uno de los fundadores del *Woolhope Naturalists' Field Club* en 1851 y del *Malvern Naturalists' Field Club* en 1853. Es conocido también William Darwin Fox (1815-1880), que además de ser clérigo y naturalista era primo de Darwin en segundo grado. Fue justamente en el *Christ's College* donde Fox y Darwin se hicieron amigos y donde el primero inició al segundo en el estudio de la historia natural y la entomología. Ambos, se cuenta, solían recorrer el campo acompañados de sus perros para observar plantas, animales e insectos. Fue Fox, además, quien presentó a su primo y a John Stevens Henslow (1796-1861), también él clérigo, botánico y geólogo (en 1831 fundó el *Cambridge University Botanic Garden*), que a su vez condujo al joven Darwin hasta el capitán Fitzroy. Dos últimos ejemplos: también era clérigo, e hijo de un clérigo, Adam Sedgwick (1785-1873), uno de los fundadores de la geología moderna, antievolucionista y profesor de Darwin, con quien mantuvo correspondencia mientras el joven naturalista viajó a bordo del *Beagle*. Como asimismo lo era otro profesor de Darwin, William Whewell (1794-1866), científico, filósofo de la ciencia, teólogo, historiador y místico.

### Los clérigos “naturalistas” del Río de la Plata

En Buenos Aires, con la excepción del caso de José Manuel Pérez Castellano, es la generación de clérigos que se educa tras la expulsión de los jesuitas la que demuestra mayor afición por las ciencias de la naturaleza. Los casos son numerosos. De hecho, los “naturalistas” rioplatenses que conoce o trata Darwin por correspondencia fueron casi todos clérigos, con la excepción de Pedro de Angelis, que desenterró antiguas osamentas e intentó venderlas en Europa, y de Francisco Javier Muñiz, médico afecto a la paleontología.<sup>25</sup>

Entre esos clérigos descuella Bartolomé Doroteo Muñoz, un peninsular arribado al Río de la Plata en 1776 que estudió en el Colegio San Carlos la filosofía con Carlos García Posse (1777-1779). Ordenado *in sacris* en 1786, Muñoz empezó su vida pastoral en la parroquia de Monserrat en 1791 y posteriormente se radicó en San Salvador del Espinillo, en la Banda Oriental. Muñoz fue amigo de otro clérigo naturalista que alcanzó mayor celebridad, el montevideano Dámaso Antonio Larrañaga, al que encauzó en los

---

<sup>25</sup> Sobre De Angelis y Muñiz cfr. I. Podgorny y M. M. Lopes, *El desierto en una vitrina...*, op. cit., capítulo I.; I. Podgorny, “De ángeles, gigantes y megaterios. Saber, dinero y honor en el intercambio de fósiles de las provincias del Plata en la primera mitad del siglo XIX”, en R. Salvatore (Comp.), **Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno**, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2007, pp. 125-158; también F. Chávez, **La cultura en la época de Rosas. La descolonización mental**, Buenos Aires, Theoría, 1973, pp. 78-86. Sobre los “naturalistas” que trabajaban en Buenos Aires en la década de 1810 cfr. O. F. Urquiza Almandoz, **La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica**, Buenos Aires, Eudeba, 1972, pp. 302-309. Sobre el trabajo de F. Fellow en la Banda Oriental hay referencias en una carta de Larrañaga a Auguste de Saint-Hilaire fechada en Montevideo el 8 de febrero de 1822 en *Escritos de Don Dámaso Antonio Larrañaga...*, op. cit, pp. 285-287.

estudios de botánica e historia natural.<sup>26</sup> Larrañaga (1771-1848) también fue alumno del San Carlos, donde cursó la filosofía con el presbítero Melchor Fernández (1789-1791). Su pasión por el estudio de la naturaleza lo llevó a organizar un herbario de plantas americanas, a clasificar un buen número de especies según el “sistema de Linneo” y a entablar relación epistolar con importantes estudiosos europeos –entre ellos Bonpland, Agustín Saint-Hilaire, John Mawe, Friedrich Sellow– y con el navegante Louis de Freycinet.<sup>27</sup> Oriental era también José Pérez Castellano (1743-1815), quien según uno de sus biógrafos “no era propiamente un naturalista, ni un botánico, era simplemente un hombre inteligente dotado de grandes facultades de observación y movido por un vivo entusiasmo por la naturaleza, cuyos secretos se proponía descubrir en el campo del reino vegetal, sin más conocimientos que los que pudo adquirir por el estudio directo de los fenómenos naturales”. Lo que no le impidió realizar “observaciones perfectamente exactas, muy valiosas para el estudio científico de nuestra flora...”.<sup>28</sup> Pérez Castellano, desprovisto casi completamente de libros sobre agricultura –“a no ser que puedan llamarse tales las Geórgicas de Virgilio”– pidió prestada a Larrañaga la obra del abate Rozier para escribir, sobre la base de estudios realizados en su chacra de Miguelete, sus *Observaciones sobre agricultura* (editadas por primera vez en 1848 parcialmente, en la imprenta del ejército durante el sitio, por orden de Oribe, y completas en 1914).<sup>29</sup>

Como vemos, una suerte de constante es el haber cursado estudios en el Colegio Carolino. Este segundo rasgo se ve confirmado por la trayectoria de Ramón Vieytes (¿-1827), alumno de filosofía de Pantaleón Rivarola entre 1779 y 1781; por la de Melchor Fernández (1762-1821), discípulo del mismo profesor; por la de Feliciano Pueyrredón (1767-1826), que cursó la asignatura con Luis José Chorroarín en 1783-1785; la de Casimiro de la Fuente (1770-1822), alumno de Melchor Fernández en 1789-1791 y hombre de claras simpatías ilustradas, aunque inclinado más bien hacia la economía política que hacia el estudio de la naturaleza. Allí fue compañero de curso de Larrañaga y Gregorio Gómez. Lo confirman también las biografías de Saturnino Segurola (1776-1854) y la de Tomás Javier Gomensoro (1776-1841), ambos discípulos en el San Carlos de Mariano Medrano entre 1793 y 1795.<sup>30</sup> Gomensoro fue un activo propagador de las sociedades de amigos del país y las creó en la Banda Oriental y en Rosario. Pocos años más tarde, siendo párroco de Canelones, se preocupó por establecer la localización exacta de la sede parroquial mediante observaciones astronómicas y topográficas y de informar regularmente a Larrañaga sobre las especies botánicas que descubría en su curato.<sup>31</sup>

<sup>26</sup> Sobre Muñoz puede verse, entre otras cosas, E. Beck, “El Pbro. Bartolomé Doroteo Muñoz”, *Archivum*, Tomo III, Cuad. 1, enero-junio 1945, pp. 17-18 e I. Podgorny y M. M. Lopes, *El desierto en una vitrina...*, op. cit.; J. M. Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. 1868*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 344-347.

<sup>27</sup> Sobre Larrañaga véase G. Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., pp. 385-393. Es interesante la biografía de E. Favaro, *Dámaso Antonio Larrañaga. Su vida y su época*, Montevideo, 1950.

<sup>28</sup> J. M. Fernández, *Diccionario Uruguayo de Biografías, 1810-1940*, Montevideo, Editorial Amerindia, 1945.

<sup>29</sup> *Ibidem*; también G. Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., pp. 415-416.

<sup>30</sup> La más completa biografía de Segurola es la de L. García de Loydi, *Canónigo Doctor Saturnino Segurola*, Buenos Aires, Ed. Braga-Junta de Historia Eclesiástica Argentina, 1994.

<sup>31</sup> Carta de T. J. de Gomensoro a D. A. Larrañaga, Canelones, 23 de agosto de 1818, en *Escritos de Don Dámaso Antonio Larrañaga...*, op. cit., pp. 247-249.

Todos ellos, entonces, pasaron por las aulas de los Reales Estudios de Buenos Aires. Sin embargo, esa inclinación por los estudios naturales, más que una marca de las aulas carolinas lo es de una atmósfera de época. Lo hemos podido comprobar con el caso de Córdoba y así lo muestran también muchos otros ejemplos, como el de Pedro Blas Noreda, cura de San Ignacio Guazú, amigo de Félix de Azara y autor de unos *Apuntes* sobre los pájaros del Paraguay. O como el del dominico Manuel de Torres, descubridor del primer *megatherium americanum* en Luján en 1787 -al que siguieron otros hallazgos similares protagonizados por eclesiásticos, como el que tuvo lugar en la isla de Martín García en 1797-.<sup>32</sup> Esos sacerdotes, que se conocieron en las aulas del San Carlos trabando tempranamente relaciones que en el futuro configurarían una suerte de red: Gomensoro, Segurola, Muñoz y Larrañaga, eran amigos y se intercambiaban información, personalmente o por vía epistolar.<sup>33</sup> En carta que Bompland escribe a Larrañaga en 1818 nos enteramos que se ha enterado “de tous vos travaux utiles et de votre noble ardeur pour les sciences [sic] par Monsieur Segurola et par Don Bartholo Muñoz”.<sup>34</sup> Varios de ellos fueron, además, alumnos de Melchor Fernández –entre sus discípulos se cuentan Dámaso Larrañaga, Silverio Antonio Martínez (cura “ilustrado” de Santo Domingo Soriano y de Paisandú, donde lo encuentra la revolución), Casimiro de la Fuente y Gregorio Gómez, hermano del célebre José Valentín, sacerdote “ilustrado” y en su momento revolucionario. Fernández mismo se jactaba de haber impartido desde su cátedra “lección de materias útiles y de buen gusto” y de haber concedido amplio espacio al estudio de la física.<sup>35</sup>

### La relación entre ciencia y religión

Los “sacerdotes naturalistas” rioplatenses lo son en ese exacto orden de prioridades. Ante todo eclesiásticos, dedican al estudio de la fauna, de la flora o de los fósiles el tiempo que las actividades litúrgicas o pastorales les dejan libre. Larrañaga dejó constancia de ello en más de un documento. Por ejemplo, a un grupo de naturalistas españoles a los que había prometido el envío de semillas autóctonas les asegura que cumplirá su promesa “cuando fuere tiempo y si mi ministerio me lo permitiere”.<sup>36</sup> En la que escribe a Bompland en febrero de 1818, tras disculparse por la brevedad de la epístola,

<sup>32</sup> AGN, IX 24-3-3, Guerra y Marina, expediente 8 “Año de 1798. Sobre abonar al Administrador de la Estancia de las Huerfanas el importe de las Reses, y seis cueros, que franqueó al Sarg.to Ramirez comisionado por S.E. para recoger un Esqueleto”. El sargento vuelve a Buenos Aires con “una grande Calavèra sin haver encontrado el Esqueleto que fuè à buscar por tenerlo sacado antes el Cura del Partido delas Viboras”. Sobre este otro cura mucho menos conocido, Vicente Montes Carballo, véase F. Avellá Cháfer, **Diccionario biográfico del Clero Secular de Buenos Aires**, Arzobispado de Buenos Aires, 1983, voz correspondiente, y G. Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., p. 350.

<sup>33</sup> E. Beck, “El Pbro. Bartolomé Doroteo Muñoz...”, op. cit., pp. 7-8, donde se recuerda la amistad de Muñoz con Segurola, Larrañaga y Gregorio Funes.

<sup>34</sup> Bompland a Larrañaga, carta citada de 13 de febrero de 1818.

<sup>35</sup> G. Furlong, **Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata**, Buenos Aires, 1947, pp. 321 y 487-497.

<sup>36</sup> Furlong, *Historia social y cultural...*, op. cit. sobre Larrañaga pp. 413-415.

le promete una más extensa para cuando “pasado el tiempo de la Quaresma, mi ministerio me permita extenderme algún tanto...”<sup>37</sup>

Por otra parte, en la correspondencia de Larrañaga –que es el que más escribió de todos ellos– se encuentran numerosos testimonios de que el estudio de la naturaleza no era para él una mera contribución a las ciencias, sino sobre todo una forma de alabanza de Dios y hasta un mérito que podría coadyuvar a la salvación de su alma: por ejemplo, en una carta se refiere a la tarea de “dexar perfeccionado este suntuoso templo al autor de la Naturaleza” como una que podría hacerlo “acreedor de que me reciba más benignamente en sus eternos tabernáculos”.<sup>38</sup> La idea de que el estudio del “libro de la naturaleza” enseña al hombre sobre las maravillas de Dios no es nueva: está presente en numerosos escritos de teólogos y místicos cristianos desde la más remota antigüedad.<sup>39</sup> Lo novedoso es más bien la nueva confluencia que en el clima de la Ilustración dieciochesca se produce entre el servicio de la Iglesia y el cultivo de las ciencias, dos ámbitos concebidos como claramente distintos y sin embargo, en la mirada de estos clérigos, indisolublemente ligados. Así lo pensaba Larrañaga, cuando al confesar no ser sino un “apasionado” de la “ciencia natural”, exponía sus razones:

*“...su libro [el de la naturaleza] abraza todo lo creado, nos da las ideas más grandes del Ser Supremo, y parece que nos sensibiliza y de algún modo nos hace visible aquello que la fe nos propone como invisible. Yo hasta ahora sólo conozco el alfabeto y combino algunas sílabas, y apesar de esto, tengo ya nociones tan nobles de Dios, que he llegado a decir a mis solas que los hombres no debíamos estudiar por otros libros que por los dos Divinos, el escrito y el natural. ¿Qué importa saber lo que los hombres han hecho si ignoro las obras de Dios? Vea Ud. aquí lo que mil veces repito a mí mismo para alentarme en un estudio que emprendí por distracción y lo continuo como remedio de ciertas resultas de mi poltronería”.*<sup>40</sup>

De manera similar se expresaba el rector de la Universidad de Córdoba en el documento citado más arriba, al observar que “...los extraordinarios adelantamientos que estos famosos y nuevos inventos han producido en las ciencias, aun en las abstractas” tenían la virtud adicional de orientar al hombre hacia Dios, “por los mayores conocimientos de las maravillosas obras de lo creado...”

Pero la distancia que la primera modernidad ha creado entre religión y ciencia, aunque no ha derivado aún en la fisura que tendrá lugar en la segunda mitad del siglo XIX, obliga a explicar sus eventuales intersecciones. Es significativo al respecto que en las notas de trabajo de Saturnino Seguro se reiteren las que tratan de la legitimidad del

<sup>37</sup> Larrañaga a Bompland, Montevideo, 26 de febrero de 1818, en Escritos de Don Dámaso Antonio Larrañaga..., op. cit., p. 260.

<sup>38</sup> Ibidem, p. 261.

<sup>39</sup> San Agustín, **Confesiones**, Libro X, 6,8: “Folgorato al cuore da te mediante la tua parola, ti amai, e anche il cielo e la terra e tutte le cose in essi contenute, ecco, da ogni parte mi dicono di amarti, come lo dicono senza posa a tutti gli uomini, *affinché non abbiano scuse* (Rom. 1,20)”. Meister Eckart escribió: “Se l’anima potesse conoscere Dio senza il mondo, il mondo non sarebbe mai stato creato”, citado por L. Boff, **Ecologia, mondialità, mistica**, Assisi, Cittadella Editrice, 1993, p. 61.

<sup>40</sup> Carta de Larrañaga a Seguro de 2 de julio de 1804, en D. Larrañaga, **Selección de escritos**, Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965, pp. 9-10.

ejercicio de la medicina por parte de los clérigos.<sup>41</sup> Lo son, también, sus alusiones al hecho de que en el pasado todos los letrados, aunque fueran laicos, eran denominados “clercs”.<sup>42</sup> ¿Quiere decirnos con ello que la venerable antigüedad de esa identificación entre ciencia y religión debería ser bastante para disipar eventuales difidencias acerca de su validez? Es probable.

Ese registro discursivo se acompaña de otro que distingue las tendencias deístas de la “falsa Ilustración” de las piadosas miras de la “verdadera”, respetuosa de la religión y de sus ministros e inspirada en los Evangelios. Los más notables estudiosos de todos los tiempos, insiste en subrayar Segurola desarrollando esta línea argumental, han sido religiosos no a pesar, sino a causa de la superioridad de su ciencia:

*“Filosofos: tengo observado que despues de Jesu-Christo ningun Filosofo de primera nota ha sido incredulo. Entre los Patriarchas dela impiedad los mas aventajados son Hobbes, Spinosa, Bayle: y un solo Descartes, un Newton, un Leibnitz vale por millares de ellos. Por donde se entendera con quanta razondijo el gran Verulamio que solam.te son llevados al Ateismo los que saben poca Filosofia natural, y que el solido conocim.to de ella inclina los animos ala Religion”.*

Por su parte Larrañaga, lamentando la muerte de Antonio José Cavanilles (1745-1804), ejemplo emblemático de la figura del clérigo naturalista, lo llama “honor del clero español” porque a su condición de eclesiástico sumaba el haber sido “uno de los más sobresalientes botánicos de Europa”. El que con sus trabajos y escritos había “desmentido y [...] hecho ver a la faz de todo el orbe literario que las ciencias en todos tiempos han obtenido un lugar muy distinguido en medio de aquellos hombres que algunos libertinos han querido llamar zánganos de la república e ignorantes, cuando sin duda alguna han sido los maestros de todos esos pretendidos sabios”.<sup>43</sup> De allí también que instara a su colega Muñoz a no desmayar en el esfuerzo de los estudios de botánica para acrecentar el prestigio del estamento de común pertenencia: “Yo, pues, conjuro a Vmd, por el grande amor que le profeso, que trate de hacerlo con formalidad, para aumentar la gloria de nuestro clero y la felicidad de estas provincias. Yo, solo, poco puedo hacer, porque es adagio común entre los botánicos que *unus homo, nullus homo*”.<sup>44</sup>

Pero, ¿son sólo esas marcas las que diferencian a estos sacerdotes de sus colegas laicos? Difícil encontrar respuesta a esta pregunta, en un período en que no existe una

<sup>41</sup> “Irregularidad en la Medicina. Aunque en el dro no se encuentra cosa que authorize la medicina en los Sacerdotes, aun siendo instruidos y experimentados no pecan si la exercen sin ava[ri]cia según las reglas del arte, no aplicando los remedios alas enfermedades sino en caso deserles constantes su eficacia. Bien que la historia nos refiere que muchos Santos Obpos han exercido gratuitam.te la Medicina con los pobres, y por cuyo servicio sehan hecho recomendables, como Fielbert, y Yves Obispos de Chartres, Lanfranc, Arzobpo de Cantorbery y otros muchos Obispos que Baronio refiere tomo 7 de sus Annales pag. 577 y 78: en el dia de hoy entre los Dres dela facultad de Paris hay algunos que continuan este exercisio”, Conferen.as de Angers sur les irregularites pag 202 tomo sur l’ordre”. AGN, Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Legajo 71.

<sup>42</sup> AGN, Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Legajo 71: “Memorias historicas, Dogmaticas, Criticas Ecclesiasticas y Seculares”, sin número de foja.

<sup>43</sup> Carta de Larrañaga a Muñoz de 6 de julio de 1808, en D. Larrañaga, Selección de escritos..., op. cit., p. 18.

<sup>44</sup> Carta de Larrañaga a Muñoz de 6 de julio de 1808, en G. Furlong, Naturalistas argentinos..., op. cit., pp. 374-375.

delimitación precisa entre cultura eclesiástica y cultura laica. Entre los seculares que en la misma época escriben sobre la relación entre religión y ciencia los argumentos suelen ser muy parecidos. Hay, sin embargo, algunos matices que vale la pena señalar. En el más anciano de los clérigos naturalistas, José Pérez Castellano, persisten explicaciones sobrenaturales de fenómenos que sus colegas laicos –y también los más jóvenes de los clérigos– conciben como plenamente terrenos. Por ejemplo, interrogándose acerca del origen del gorgojo sin hallar respuestas satisfactorias, Pérez Castellano reflexiona:

*“¿No nos podríamos acomodar con las moléculas orgánicas del Conde de Buffon, y decir que el trigo abunda en las del gorgojo: que con el calor del trigo se ponen en movimiento: se enlazan y se unen hasta que de ellas sale el gorgojo repentinamente y como por milagro? Todo se podría decir; pero yo, aplicando también a las obras de la naturaleza, lo que San Pablo con admiración dice de las de la gracia, sólo digo que los caminos de Dios son impenetrables”.*<sup>45</sup>

En el mismo sentido pueden recordarse ciertas páginas suyas que debían resultar cuanto menos malsonantes para otros de sus colegas, laicos o sacerdotes, como aquella en la que, evocando la autoridad de “San Pablo en su primera epístola a los corintios”, recordaba a los labradores destinatarios de su manual de agricultura que “el hombre es el que planta y el que riega, y [...] según el trabajo que impenda en su labor [el agricultor] recibirá el incremento y la recompensa”, pero “sólo Dios es el que la da, y puede darla”. Por eso no trepidaba en prometer un futuro próspero a quienes se atuviesen a esos austeros versículos paulinos y a los que no se saliesen “de los límites de su noble ejercicio”. No valía la pena complicarse la vida “metiéndose en dibujos, en químicas o en quimeras, que para la labranza nada conducen”; con ellas, decía, el labrador “no sacará otro fruto que calentarse los cascos, confundirse y perder miserablemente el tiempo, que sólo debe emplear en su trabajo inocente, sencillo y nada complicado”.<sup>46</sup> Incluso Larrañaga, que sin dudas era más cauteloso al establecer las posibles comunicaciones entre el más acá y el más allá, aconsejaba tener más en cuenta los libros sagrados a la hora de buscar explicaciones a los fenómenos de la naturaleza, seguro de que en ellos se hallaría “mucho luz” para dilucidar algunos que para las ciencias de la época parecían incomprensibles.

Si para la mayor parte de los hombres que vivieron a caballo de los siglos XVIII y XIX las ciencias y la religión tenían entre sí más puntos de contacto que para nosotros, es fácil imaginar que para los eclesiásticos esas intersecciones resultaran aún más evidentes. Había, por otra parte, un rasgo antropológicamente pesimista en su predilección por el estudio de la naturaleza que aleja a esos sacerdotes del universo ilustrado, en particular con su valorización positiva de las potencialidades de la razón humana. Para Larrañaga, por ejemplo, la investigación de los fenómenos naturales, que según vimos no era para él otra cosa que “el estudio de las obras de Dios”, revestía mayor importancia que el estudio de “las cosas de los hombres”. Con ello sugiere que éstos, a causa de sus vicios

<sup>45</sup> J. M. Pérez Castellano, **Selección de escritos. Observaciones sobre agricultura**, Montevideo, Ministerio de Cultura, 1968, Tomo I, p. 291 (La frase final de la citación –“los caminos de Dios son impenetrables”– tiene bastardillas en el original; la cita remite a Rom 11,33).

<sup>46</sup> J. M. Pérez Castellano, **Selección de escritos**, Tomo I, pp. 12-13, del prólogo.

y su irreligión, valían menos la pena que las plantas o los moluscos.<sup>47</sup> A un hombre que en ese siglo se estaba situando a sí mismo en alturas que la piedad, por ilustrada que fuera, debía juzgar un tanto impía, resultaba conveniente recordarle que el universo, como obra maestra de la providencia divina, estaba fuera de sus posibilidades de control.

### Las nuevas tareas

Hemos visto que el estudio de la naturaleza formaba parte de un espectro más amplio de intereses “científicos” que tenía puntos de convergencia con el ministerio pastoral reformulado en clave ilustrada. Dentro de ese campo, un lugar privilegiado lo ocupaba la agricultura. El desarrollo agrícola era, por una parte, la clave de bóveda del discurso de modernas corrientes de pensamiento económico, como la fisiocracia y el neomercantilismo napolitano. Por otro, constituía un anhelo anclado en consideraciones mucho más prácticas: las rentas de los párrocos, en los siglos XVIII y XIX, consistían fundamentalmente en los llamados “emolumentos parroquiales” y en las primicias. Los primeros eran los ingresos por la administración de servicios religiosos, como los derechos por casamientos y funerales, así como por la confección de certificados de bautismo o de matrimonio, entre otros ítems. El producto de las primicias dependía de la costumbre del lugar, aunque en reglas generales representaban cerca de un uno por ciento de la producción agrícola. Los emolumentos, en cambio, se fijaban a escala diocesana por medio de un arancel cuya actualización implicaba negociaciones siempre arduas. Lo que importa es que ambos ingresos eran sustancialmente mayores en las zonas de especialización agrícola. En el caso de los emolumentos, porque la densidad de la población era mayor que en las zonas de predominio pecuario; en el de las primicias, porque las leyes de Indias, siguiendo el modelo hispano, que se ajustaba bien a las zonas nucleares de los dominios americanos, se cobraban sólo sobre la producción agrícola. La pecuaria sólo pagaba los diezmos llamados de “cuatropea”, que junto a los demás ingresos decimales iban a engrosar las arcas catedralicias y en menor medida las de las iglesias matrices, cabeceras de jurisdicción. Así, el sueño de oro del cura rural era la designación en una parroquia de predominio agrícola. Ello explica por qué en el Río de la Plata costaba tanto encontrar sacerdotes que se hicieran cargo de los curatos rurales: la tendencia de la región a especializarse en la producción pecuaria volvía imposible una relación armónica entre la estructura económica de la región y las rentas de los curas.<sup>48</sup>

De allí, también, que las doctrinas fisiocráticas y neomercantilistas sonaran bien a los oídos de aquellos sacerdotes, a lo que debe agregarse el interés de la monarquía en estimular la agricultura en sus dominios, que la llevó a fomentar de diferentes maneras la intervención de los curas en la introducción de más modernas técnicas de cultivo. No puede desligarse de ese contexto la aparición, en el Río de la Plata, de esos “curas

---

<sup>47</sup> “...aun habrá alguno que se escandalice al vernos perder el tiempo en el estudio de las obras de Dios, y no se escandalizará al ver los otros muy entretenidos en estudiar la historia de los hechos y vicios de los hombres”, en carta de Larrañaga a Muñoz de 22 de junio de 1808, en D. Larrañaga, Selección de escritos..., op. cit., pp. 12-13.

<sup>48</sup> R. Di Stefano, “Pastores de rústicos rebaños. Cura de almas y mundo rural en la cultura ilustrada rioplatense”, **Boletín del Instituto Ravignani**, 3ª Serie, Número 22, 2do Semestre de 2000, pp. 7-32.



botánicos” que poseen sus propios herbarios, experimentan y clasifican plantas sobre la base del *Species Plantarum* de Linneo. Los ejemplos son numerosos, no sólo en el ámbito rioplatense, donde un José Pérez Castellano se propone poner las mejoras en los cultivos que descubre -o simplemente ensaya- en su huerto experimental al alcance de los labradores orientales. Pero por otro lado no se trata, tampoco en este caso, de un fenómeno propiamente rioplatense: toda una literatura sobre ese desdoblamiento del cura en consultor agrónomo florece en los reinos católicos de la época. Así es que el Cardenal Lorenzana escribe que es tarea muy propia de los párrocos el difundir los progresos en las técnicas agrícolas entre sus feligreses.<sup>49</sup> Así es, también, como Francesco Grisellini produce su *Discurso sobre el problema de si corresponde a los Parrocos y Curas de las aldeas el instruir a los labradores en los buenos elementos de la economía campestre*, donde no trepida en afirmar que

*“...los instrumentos, ò por mejor decir los organos mas naturales para instruir à los Labradores en el mejor gobierno de la economia rustica, son sus mismos Parrocos y Curas. A sus consejos, persuasiones y documentos cede la gente del campo por un poderoso respeto, y una secreta confianza, que inspira hasta en los animos mas duros y groseros la santidad del carácter que los adorna, y el sagrado ministerio que exercen”.*<sup>50</sup>

No llama la atención entonces que el ministerio de hacienda del gobierno de Godoy haya comunicado al obispo de Buenos Aires una Real Orden en la que se ordenaba que los curas adquiriesen la traducción de Juan Álvarez Guerra del *Diccionario de Agricultura* del Abate Rozier, “encargandoles tomen dicho Diccionario desu cuenta, ó delos caudales delas Iglesias”.<sup>51</sup> Tampoco es extraño que un sacerdote ilustrado como Saturnino Segurola discutiese la idea mercantilista de la primacía del comercio, señalando que es

*“entre los surcos y en las havitaciones delos labradores [donde] es necesario buscar el poder dela nacion, y el origen dela fuerza y riquezas. Todo poder qe venga de otra pte yno dela tierra es artificial y precario, sea enloFisico, sea enlo moral. Un estado bien cultivado, bien desmontado produce hombres pr los frutos dela tierra y riquezas pr los hombres. [...] La agricultura es la qe cria y mantiene esquadras, es la que produce los exercitos. Enlos campos cubiertos de espigas germina la victoria. El que dijo que el tridente de Neptuno era elcetro del mundo ha hecho sin duda un verso armonioso y puede ser un excelente Poema, pero ciertam.te ignoraba los principios de Economia Politica, que*

<sup>49</sup> C. García Belsunce, “Los clérigos como agentes...”, op. cit., p. 22.

<sup>50</sup> Francesco Grisellini, **Discurso sobre el problema de si corresponde a los Parrocos y Curas de las aldeas el instruir a los labradores en los buenos elementos de la economía campestre...**, Zaragoza, Blas Miedes, s/a, pp. 9-10.

<sup>51</sup> Carta del obispo Benito Lué y Riega a Miguel Cayetano Godoy, Mártires, 5 de noviembre de 1805. AGI, Audiencia de Buenos Aires, Leg. 149, “Duplicados de Ministros y particulares, 1804-1810”: “...lo qe ejecutaré con toda eficacia –decía el obispo- à fin de qe se difundan las luces, qe contiene obra tan interesante, y se logren las utilidades, y ventajas, qe pr ella se proporcionan à la Agricultura”.

*constituye la fuerza de un estado. El arado del labrador es el cetro del mundo, por que roto este el tridente de Neptuno se destruye”.*<sup>52</sup>

Otras de las tareas nuevas que los párrocos comenzaron a desempeñar pertenecen al ámbito de la salud y de la higiene. Ya en 1785 llegaron a Buenos Aires directivas de la península encargando a los curas la difusión de la vacuna, que el virrey Loreto transmitió en oficio a Francisco de Paula Sanz.<sup>53</sup> Las primeras publicaciones periódicas rioplatenses son una buena fuente de información para advertir el tipo de responsabilidades que la sociedad estaba asignando a sus curas en ese terreno. En un artículo de *El Telégrafo Mercantil* se explican las razones por las que debían asumir la de inocular la vacuna antivariólica. La principal era que, entre las causas de la desconfianza que despertaba el fluido entre los pobladores, se contaba

*“una crasa ignorancia, que radicándolos en el fanatismo, les hace creer, como principio de Religion, la fatal ilusion de que no deben causar tal enfermedad, sino esperar à que Dios la envíe. Estos últimos no se desengañarán, ni se les podrá convencer, mientras no se les haga ver por Predicadores Apostólicos, que en ambos casos, supuesto el orden natural, concurre Dios de un mismo modo à la produccion de la enfermedad: que vista la evidencia moral de, quando menos, siete siglos, de que todos, ó casi todos los hombres hayan de padecer viruelas, es un acto de humanidad causarles este padecimiento del modo mas ventajoso; y que entre tanto no se halla otro medio para precaver los estragos, y el eminente peligro, à que con tanta frecuencia expone la viruela natural, encuentra la inoculacion su mayor apoyo en la Religion Cristiana”.*<sup>54</sup>

La misma opinión se advierte en el *Semanario de Industria y Comercio*, en el que en 1805 se publicaron varias notas al respecto. En una de ellas se lamenta que la existencia de “falsas vacunas” haya provocado el equívoco de que personas supuestamente inmunizadas hayan caído luego víctimas del mal, lo que sin dudas ha de retardar “los progresos de este precioso hallazgo”. A esa altura la única solución que se vislumbraba para disipar las prevenciones era “que los SS. Párrocos, a imitación de lo que se observa en algunas capitales de la Europa, hagan entender a sus feligreses al tiempo del bautismo de los párvulos, la estrecha necesidad de vacunar sus hijos a lo menos luego que hayan pasado los dos primeros meses”.<sup>55</sup> El periódico exhortaba a los “venerables pastores de los

---

<sup>52</sup> AGN, MBN, Legajo 71, voz “Agricultura”. Cerviño había intitulado su discurso inaugural a la Academia de Náutica, pronunciado el 25 de noviembre de 1799, “El tridente de Neptuno es el cetro del mundo”, en alusión a la importancia del comercio y la navegación. Fragmentos de su alocución fueron publicadas por J. C. Chiaramonte en *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 303-307.

<sup>53</sup> C. García Belsunce, “Los clérigos como agentes...”, op. cit., p. 33. Sobre el problema de la viruela en España y América, la introducción de la vacuna a partir de la expedición de Francisco J. Balmis y las iniciativas que generó en el plano institucional y literario en Nueva Granada, cfr. J. M. Pereiro-Otero, “Conquistas vi(r)olentas y vacunas independentistas: Andrés Bello y Manuel José Quintana ante la enfermedad de la colonia”, *Hispanic Review*, spring 2008, pp. 109-133.

<sup>54</sup> “Humanidad”, nota firmada por C.M.M., en *El Telégrafo Mercantil...*, edición del 15 de julio de 1801, p. 272.

<sup>55</sup> *Semanario de Industria y Comercio*, Tomo IV, N° 156, tomo IV, 11 de setiembre de 1805, p. 369. Cfr. el N° 168 del 4 de diciembre del mismo año, p. 371.

pueblos” a que invirtiesen todo su influjo para “vencer el porfiado empeño con que algunos hermanos se niegan a reconocer este beneficio singular”, dado que “vuestra exhortación y vuestro celo harán más en un instante, que las experiencias repetidas a sus ojos en millares de individuos”.<sup>56</sup> Fue en ese contexto que el virrey dispuso que la vacunación estuviera a cargo de los curas.<sup>57</sup> Por otro lado, la documentación sucesoria de un párroco de campaña revela que el Dr. Roque Pérez donó a todos los curas un enigmático *Cuaderno de la vacuna*.<sup>58</sup>

La participación de los párrocos en la difusión de la vacuna antivariólica fue, de hecho, bastante generalizada. No sólo eso. Antes de que llegara a Buenos Aires el fluido traído de Europa, el cura Feliciano Pueyrredón intentó obtener uno en su parroquia de San Pedro apelando a métodos precarios.<sup>59</sup> No nos llama entonces la atención que este sacerdote dejara como parte de su herencia un microscopio y varios libros de medicina, entre ellos la *Introducción a la Medicina de Cullen, con las ideas filosóficas precisas para la inteligencia del sistema nervioso y del principio de la vida*, obra del doctor Lafón (seguramente en la edición española de Madrid, Imprenta de Don Blas Roman, 1793).<sup>60</sup> Pero el más famoso en este campo fue el clérigo Segurola, designado responsable oficial de la inoculación en Buenos Aires.<sup>61</sup> En los años sucesivos un grupo importante de párrocos rurales se dedicó a vacunar a sus propios feligreses, como prueban las cartas que enviaron a Segurola solicitándole muestras del fluido: Gregorio Gómez lo hace desde Areco en 1812; Santiago Figueredo lo pide desde Monte en 1816; Cayetano Escola lo requiere desde la Costa del Río Luján en 1817 y el mismo año lo hace desde Córdoba Pedro Ignacio de Castro Barros por encargo del cabildo de su ciudad; en 1819 Dámaso Larrañaga se lo pide desde Montevideo y Feliciano Pueyrredón desde su parroquia de San Pedro.<sup>62</sup> Francisco de Paula Rivero, encargado por el gobierno en 1810-1811 de la

<sup>56</sup> Ibidem, p. 369.

<sup>57</sup> AGN, IX 6-7-6. Obispado de Buenos Aires, 1800-1805. Documento sin número de foja.

<sup>58</sup> AGN, Sucesiones, Testamentaria del maestro Gregorio Rodríguez [1807].

<sup>59</sup> **Semanario de Industria y Comercio**, 24 de julio de 1805, p. 372 de la edición facsimilar: “El parroco Doctor Feliciano Pueyrredon acaba de comunicar al Superior Gobierno sobre el hallazgo de la vacuna en su curato, y el feliz resultado de algunas pruebas que con ella se han hecho en algunos feligreses”. Cfr. también F. Avellá Cháfer, *Diccionario biográfico...*, op. cit.

<sup>60</sup> AGN, Sucesiones 5694: Testamentaria de Feliciano Pueyrredón [1826]. La librería en ff. 33-34.

<sup>61</sup> Sobre el tema de la vacuna en la biografía de Segurola cfr L. García de Loydi, *Canónigo Doctor Saturnino Segurola...*, op. cit., pp. 15-25. La prensa periódica se ocupó abundantemente de las actividades paramédicas de Segurola: véase por ejemplo **Los Amigos de la Patria y de la Juventud**, Suplemento al N° 1 del 18 de noviembre de 1815 y N° 3 de 15 de enero de 1816; también **El Independiente** de 28 de marzo de 1815 y **La Gaceta** del 12 de agosto del mismo año. Segurola incluso renunció al cargo de bibliotecario de la Biblioteca Pública para dedicarse a esta actividad; cfr. J. Torre Revello, “Bibliotecas en Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812”, **Revista de Historia de América**, N° 59, 1965, p. 88, nota 166. La carta de renuncia, del 31 de diciembre de 1810, en **Archivo General de la República Argentina. Publicación dirigida por Adolfo Carranza. Período de la Independencia. Año 1810**, Segunda Serie, Tomo V, Buenos Aires, Kraft, 1896, p. 179. En el mismo volumen se reproduce una interesante carta a la Junta del 23 de julio del mismo año en la que Segurola se queja de la obstinación de los padres que no hacen vacunar a sus hijos y de los médicos que se oponen a su labor. Cfr. pp. 173-175.

<sup>62</sup> Estos documentos en AGN, MBN, Leg. 356 salvo la carta de Larrañaga, que está en AGN, MBN, Leg. 351, m. 6.071 y la de Pueyrredón en el mismo legajo, m. 6.072.

inoculación en el campo, recurre también a los párrocos para que allanen el camino, e incluso para que vacunen ellos mismos. Por último: frente a la epidemia de 1818 el Directorio tomará el mismo camino que habían abierto otrora los virreyes...<sup>63</sup>

La vacuna es el ejemplo más elocuente de las funciones médicas o paramédicas que desarrollaron algunos de aquellos sacerdotes. Pero hay mucho otros. Así, el monarca hizo distribuir entre los curas un *Cuaderno de Instrucción de la operación sesaria* para que la efectuasen con éxito en caso de necesidad. Parejamente elocuente es la frecuencia con que aparecen en los testamentos de los curas libros de temática médica. Hemos hablado del ejemplar del libro de Lafón que quedó en herencia a la muerte de Pueyrredón. Tanto Santiago Figueredo como Pedro José Crespo dejaron el famoso libro de Guillermo Buchau, *Medicina doméstica. Tratado completo de precaver y curar las enfermedades con el régimen y medicina simples* (Madrid, 1785).<sup>64</sup> Pueyrredón tenía además el de Jean Baptiste Pressavin, *Arte de conservar la salud y prolongar la vida, y tratado de higiene* (probablemente la edición de Salamanca, D. Francisco de Tózar, 1800). Crespo poseía la obra del genovés Giovanni Spallarossa, *Brijuja esfígmico-médica, o sea Directorio de los pulsos...* (Madrid, 1787). Figueredo tenía el *Tratado de la conservación de la salud de los pueblos y consideraciones sobre los terremotos, traducido por Benito Bails*, obra del portugués Antonio Ribeiro Sanches (Madrid, 1781), un *Nuevo Diccionario de medicina y cirugía* y la ya anticuada *Academia Chyrgica racional de irracionales* de Francisco Suares de Rivera (Madrid, 1739).<sup>65</sup> Saturnino Segurola dedicó decenas de entradas a temas médicos en sus apuntes de lectura, dejándonos evidencia de la asiduidad con que frecuentaba ese tipo de obras.<sup>66</sup>

El estudio de la “historia natural” también absorbió parte de las energías de esos sacerdotes. En este caso el ejemplo más elocuente es sin duda el de Muñoz, que dedicó tres décadas a la búsqueda y clasificación de fósiles, minerales e insectos y realizó descubrimientos relativamente importantes. Tras actuar políticamente en la Banda Oriental bajo el mando de Artigas y luego de desempeñarse como capellán del Ejército del Alto Perú, Muñoz regresó a Buenos Aires en 1814 y donó al gobierno una parte de su biblioteca y una colección de 6.000 piezas, halladas y clasificadas por él. Esa donación constituyó una de las que dieron origen al actual *Museo de Ciencias Naturales* de Buenos Aires.<sup>67</sup> No es tampoco casual que se haya encargado a un padre dominico, fray Manuel de Torres, la tarea de desenterrar el primer megaterio de la historia en las fangosas barrancas del Río Luján, descubrimiento que despertó tal interés en la corte que Antonio Porlier solicitó oficialmente el envío de algún ejemplar vivo.<sup>68</sup> Ni que fuera el párroco del curato de las

<sup>63</sup> C. García Belsunce, “Los clérigos como agentes...”, op. cit., p. 39.

<sup>64</sup> AGN, Sucesiones 5699: Testamentaria de Santiago Figueredo; La librería de Crespo, párroco de San Pedro y Baradero después de la revolución, en N. Fasolino, **Los presbíteros Crespo de Santa Fe**, Buenos Aires, 1968, pp. 38-39.

<sup>65</sup> AGN, Sucesiones 5699, Testamentaria de Santiago Figueredo.

<sup>66</sup> Véase por ejemplo los que se conservan en AGN, MBN, Leg. 351.

<sup>67</sup> Una de las más completas biografías de Muñoz en G. Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., pp. 373-385. El inventario de libros y objetos donados en pp. 375-379.

<sup>68</sup> G. Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., pp. 338-350. La carta de Antonio Porlier del 2 de setiembre de 1788 preguntando “si en algún partido de Luján, o en otro de ese Virreinato, se puede conseguir algún animal vivo, aunque sea pequeño, de la especie de dicho esqueleto, remitiéndolo vivo, si pudiese ser y, en su defecto,

Víboras en la Banda Oriental quien desenterró otro esqueleto de dimensiones alarmantes en la isla de Martín García.<sup>69</sup> De ese interés por la fauna de edades remotas es también indicio la frecuencia relativamente alta con que aparece en las bibliotecas clericales la *Historia Natural* de Bufón.<sup>70</sup>

## El fin

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX los colegas clérigos del joven Darwin se fueron extinguiendo, como esas especies de edades remotas cuyas reliquias gustaban buscar en las barrancas de los ríos y exponer en los anaqueles de sus bibliotecas. Primero fueron la revolución y la guerra las que, con sus urgencias y cataclismos, interrumpieron las investigaciones. Muchos de los sacerdotes que hemos recordado en estas páginas ocuparon diferentes cargos públicos, a menudo sin abandonar totalmente el ministerio pastoral. En 1818 Larrañaga lamentaba, en carta a Bompland, el que "...habiendo mil veces principiado a hacer algo, otras tantas veces fui interrumpido por el deber y cumplimiento de mis serias obligaciones. Ciertamente ya no hago en un mes aquello para lo que me bastaba un solo día en otro tiempo".<sup>71</sup> Confirmaba de esa manera la observación de su correspondiente: "je vois avec douleur que l'état de guerre continuant on est forcé d'oublier les sciences".<sup>72</sup>

La revolución y la guerra inauguraron una era nueva para esos clérigos. Aunque los gobiernos patrios heredaron en sus líneas generales la forma en que el reformismo borbónico había reformulado las funciones del sacerdote, el espacio para el estudio de la naturaleza se redujo y otras preocupaciones invadieron sus ánimos. Se lo advierte con claridad en los apuntes de Segurola: mientras los del último tramo de la era colonial están plagados, como vimos, de referencias a temas científicos, en los de las décadas de 1820 y 1830 prevalecen los que de alguna manera tratan problemas nuevos, como los cambios que en el ámbito clerical se diagnosticaban como "avance de la impiedad", el tema de la tolerancia religiosa de los protestantes, o los riesgos del faccionalismo y de "la dictadura de los peores" como forma de gobierno.

---

desecado y relleno de paja, organizándolo y reduciéndolo al natural", en p. 348. Lo curioso es que el virrey Loreto había explicado ya que "en toda la América meridional no se ha hallado noticia de algún animal de semejante configuración", p. 347.

<sup>69</sup> AGN, IX 24-3-3, Guerra y Marina, expediente 8 "Año de 1798. Sobre abonar al Administrador de la Estancia delas Huerfanos el importe de las Reses, y seis cueros, que franqueó al Sarg.to Ramirez comisionado por S.E. para recoger un Esqueleto". El sargento vuelve a Buenos Aires con "una grande Calavèra sin haver encontrado el Esqueleto que fuè à buscar por tenerlo sacado antes el Cura del Partido delas Viboras" El cura, Vicente Montes Carballo, está en Luján, seguramente porque acaba de ganar por concurso el curato. Sobre él véase F. Avellá Cháfer, *Diccionario biográfico...*, op. cit., voz correspondiente. Cfr. también Furlong, *Naturalistas argentinos...*, op. cit., p. 350.

<sup>70</sup> AGN, Sucesiones 5694, Testamentaria de Feliciano Pueyrredón [1826]. También tenía la obra el canónigo Juan Baltasar Maziel, como puede verse en J. Probst, **Juan Baltasar Maciel. El maestro de la generación de mayo**, Buenos Aires, 1946, pp. 351-388. La dejó a sus herederos además el presbítero Víctor Silva: cfr. AGN, Sucesiones 8226 [1869].

<sup>71</sup> Larrañaga a Bompland, Montevideo, 25 de mayo de 1818, en *Escritos de Don Dámaso Antonio Larrañaga...*, op. cit., Tomo III, p. 268.

<sup>72</sup> Bompland a Larrañaga, Buenos Aires, 2 de abril de 1818, en *Ibidem*, p. 262.

Otras transformaciones coadyuvaron a reducir el espacio que en el siglo XVIII se había abierto. Por un lado, la progresiva consolidación de una elite letrada laica que reservaba a los médicos y a los maestros de escuela muchas de las tareas civilizatorias que los Borbones habían confiado al clero. Por otro, la resurrección del poder pontificio, en el clima conservador de la Restauración, llegó acompañada de una progresiva clausura de los márgenes que el siglo XVIII había previsto para el desarrollo de esas tareas. Comenzaba a esbozarse un nuevo modo de pensar el sacerdocio, centrado en sus tareas más estrictamente pastorales y espirituales, enemigo del compromiso político y difidente de eventuales inclinaciones hacia áreas de actividad ahora más claramente catalogadas como profanas. El influjo romántico hará su aporte: el “buen párroco” del siglo XIX será el buen pastor que protege a sus ovejas de los peligros de un mundo progresivamente hostil, materialista y apóstata. Dentro del amplio marco que había provisto el Concilio de Trento, el acento vuelve ahora a desplazarse hacia una nueva dirección. La religión se interioriza como “religión del corazón”, como una fe cuya vivencia excede inconmensurablemente las verdades de la razón. El siglo XIX es testigo del pasaje del modelo del “cura funcionario” que promueve el siglo XVIII, del párroco “al servicio de la Iglesia y el Estado” (de la comunidad religiosa como de la comunidad política), al del cura consagrado al “tema intransigente de los derechos de la Iglesia frente a las desventuras de los tiempos”.<sup>73</sup> Por eso no llama la atención que el modelo del párroco decimonónico sea el Cura de Ars, que no se caracterizaba precisamente por su formación y capacidad intelectual.

La generación que siguió a la de los Larrañaga, Seguro, Gomensoro, Muñoz o Pueyrredón es la de los sacerdotes preocupados por salvaguardar los “derechos de la Iglesia” frente a las “debidas intromisiones” del poder temporal y por la formación de un clero capaz de defender los últimos bastiones de la fe. Es ese nuevo clima el que permite que se llame a los jesuitas en 1836 para que se hagan cargo de la formación del clero y que en 1856 –apagada la tormenta que se desatara entre Rosas y los ignacianos– se les confíe el seminario porteño. Los jesuitas introducen en Buenos Aires un modelo de formación clerical centrado en esos valores intransigentes, con la exclusión por principio de materias profanas que no consideran pertinente asociar de modo alguno a las “ciencias eclesiásticas”. El modelo que instauran en 1836-1843, versión remozada de la antigua *Ratio Studiorum*, es el mismo que se impone tras la caída de Rosas: el acento está ahora puesto en el estudio de las humanidades y de la teología; el de la física no apunta más que a proveer al futuro clérigo de conocimientos básicos de cultura general.<sup>74</sup> Y los hombres de levita sustituyen a los de sotana en la clasificación de insectos y en la exhumación de descomunales osamentas.

---

<sup>73</sup> Ph. Boutry, “El cura”, capítulo sexto de F. Furet y otros, **El hombre romántico**, Madrid, Alianza, 1997, p. 233.

<sup>74</sup> Cfr. sobre este punto J. Isern sj, **La formación del clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús**, Buenos Aires, 1936, Capítulos III y IV.